

C. PROYECCION INTERNACIONAL

CONDE DE MOTRICO

EL DESAFIO AMERICANO

Anales de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas, n.º 46, 1969

El desafío americano

por el Académico de número

Excmo. Sr. D. JOSÉ M.^a DE AREILZA Y MARTÍNEZ RODAS, Conde de
Motrico (*)

Hace unas semanas ha visto la luz en París un libro que se agotó rápidamente en su primera y segunda edición y que ha tenido larga y extendida audiencia en Europa y Estados Unidos, *Le défi américain*. Su autor, Servan Schreiber, es un conocido periodista y escritor francés, propietario y director del semanario político *L'Express*. Servan ha tenido en su joven experiencia —cuarenta y dos años— dos guerras, la mundial, como piloto, y la de Argelia, como teniente de Estado Mayor. Al volver de esta última funda con dinero propio —su familia es financieramente poderosa— el semanario *L'Express* en su primer formato periodístico e ideológico. *L'Express* era un órgano de combate de la izquierda francesa contra la guerra de Argelia. Su tono era tan violento y revolucionario que provocó las iras de los grupos nacionalistas. Yo presencié, como testigo visual, el asalto a la redacción de *L'Express*, realizado por un grupo de ex combatientes y de miembros de la O.A.S., a las siete de la tarde, en noviembre de 1960, en plena avenida de los Campos Elíseos. Escribió además JJ. SS. —como se le llama— un libro contra la guerra argelina, que le valió un proceso. Después, terminada la guerra y liquidado el levantamiento de los generales, Servan Schreiber se quiso lanzar a la política activa como candidato de izquierda independiente, sin lograr el acta que buscaba. Finalmente, volvió al periodismo, pero con otro signo. Su semanario se convirtió en *tabloid* lujoso de papel glaseado y perfecta impresión. Dejó de hacer demagogia y se situó hacia el centro. Mantiene actualmente un equilibrio entre el gaullismo y la federación de

(*) Disertación en Junta del 21 de noviembre de 1967.

izquierda, pero acentuando su independencia y su crítica. Junto a *L'Express* ha lanzado otras dos grandes empresas, una de "magazines" técnicos y otra de ordenación de ficheros de empresas por computadores. Sus enemigos dicen que este joven politécnico, brillante, deportivo, millonario, cultísimo y liberal se ha americanizado y quiere jugar a los Kennedy en París. La verdad es que el impacto del "kennedismo" ha sido grande en el mundo libre, como forma moderna de hacer la política y que no uno, sino tres o cuatro de los nuevos líderes de Francia —Giscard, Lecanuet, Mitterand— se inspiran directa o remotamente en la estela dejada por el malogrado Presidente norteamericano.

Le défi américain es un volumen de 295 páginas y 40 de anexos. Aunque defiende una tesis, su riqueza informativa lo hace al menos tan importante como su programa propio. El desafío americano, ya lo saben los señores académicos, es el causado por la revolución tecnológica que en los Estados Unidos se lleva a cabo desde hace diez años en forma a la vez silenciosa y espectacular. Quiero decir que apenas se habla de ella como tal revolución, puesto que la propia sociedad se halla dentro del proceso. Y, por otra parte, los resultados son tan abrumadores que de tiempo en tiempo trascienden de los laboratorios y fábricas a las zonas, más iluminadas, de la publicidad y de la estadística.

El punto de partida del pensamiento de Schreiber es el documento, todavía inédito, que un instituto de investigación política y estratégica, el "Hudson Institute", ha de publicar dentro de pocos meses. La figura rectora del "Hudson Institute", Herman Kahn, es el famoso autor de dos libros sobre la guerra nuclear. Su doble condición de físico y sociólogo le permitió hacer en el primero, *On thermonuclear war* —"Sobre la guerra termonuclear"— el primer análisis serio del planteamiento doctrinal y pragmático de una guerra atómica y sus consecuencias.

En 1962 lanzó su segundo volumen, *Thinking about the unthinkable* —"Pensando en lo impensable"—, en el que desarrolla e imagina las múltiples hipótesis posibles de una contienda de esa índole. Kahn, que sirvió durante la guerra mundial en la famosa "Rand Corporation", que realizaba la denominada "investigación operacional", es decir, el estudio integral de todos los factores que intervienen en una decisión estratégica, para ofrecer al Estado Mayor y al gobierno las posibles opciones a seguir, fundó, con un grupo de colaboradores de la Rand, el "Hudson Institute". Su trabajo ha sido ahora el de prospectar las características de la sociedad industrial hacia fin de siglo. Pues bien, el informe del "Hudson Institute" llega a conclusiones terminantes. En los próximos treinta años —el curso de una generación— la sociedad "postindustrial"

(para usar el término de Daniel Bell en su libro *The reforming of general education*) se habrá implantado en una zona importante del mundo, concretamente en Estados Unidos, Japón, Canadá y Escandinavia. Detrás, en la zona de sociedades industriales avanzadas se situarán, Europa Occidental, Unión Soviética, Israel, Alemania del Este, Polonia, Checoslovaquia y Nueva Zelanda. Y habrán llegado al tercer nivel, el de sociedades de consumo, Méjico, Argentina, Venezuela, Chile, Colombia, Corea del Sur, Malasia, Formosa y otros países de Europa no incluidos en el grupo segundo. El resto del mundo no habrá llegado todavía a la fase de la sociedad industrial.

¿Cuál es la trascendencia de ese pronóstico sobre el cual lanza Schreiber su angustiado grito de alarma? Que no se trata ya, según él, de un mejor nivel de vida, ni de una mayor renta por habitante ni de una mejor disponibilidad de los bienes de consumo, sino que la sociedad postindustrial es en realidad una *vida* diferente, un *universo* aparte, una “naturaleza distinta”, como ha escrito Raymond Aron, que diferenciará hondamente a los países postindustriales de los restantes pueblos de la tierra.

He aquí algunas características de ese período que se está ya gestando ante nuestros ojos. La renta industrial de esos países se multiplicará por *cincuenta* sobre los niveles actuales. La mayoría de la población activa habrá abandonado los sectores primario y secundario, es decir, agrícola e industrial, pasando al terciario y al llamado “cuaternario”, integrado por las actividades no rentables, de investigación y de cultura. La industria será en gran parte gobernada por la cibernética. Las leyes del mercado pasarán a segundo término ante los factores provenientes del sector público y de los fondos sociales. El motor de este progreso residirá esencialmente en los sistemas de educación y de innovación tecnológica. La diferencia de rentas entre los diversos grupos sociales será menor que la que existe actualmente en los países más avanzados de la sociedad industrial.

Y como colofón advierte Kahn que hacia el año 2000 la renta media por habitante en Estados Unidos habrá pasado de los 3.500 dólares actuales a 7.500; la semana de trabajo será de cuatro días, de siete horas laborales cada día. Y durante el año habrá 147 jornadas de trabajo y 218 días de ocio.

¿Cuál es el motivo inmediato de la reacción del autor? Comprobar que en la lista de países que han de llegar a la nueva era del desarrollo a fin de siglo, Europa —con la excepción de Escandinavia y, más con-

cretamente, de Suecia— se halla excluida. Y de ahí deriva su análisis y sus conclusiones.

¿Por qué Europa Occidental no figura en el pelotón de cabeza? ¿Qué razones profundas impiden al Viejo Continente mantener el ritmo necesario que impone la revolución tecnológica? ¿Hay tiempo todavía de despertar para evitar el desastre? Porque es una verdadera dimisión la que le espera a Europa si no consigue recuperar el retraso acumulativo que le amenaza. La sociedad postindustrial no será sólo más rica y más potente, sino que, a través del sutilísimo y complicado proceso de la electrónica calculadora, lleva en sí el germen de un dominio universal de las fuentes de información e investigación con toda su secuela de corolarios políticos, culturales y sociales.

El autor, quizá llevado por su conocimiento profesional del asunto, dedica un capítulo entero del libro a tratar del tema de los ordenadores y computadores. Es lúcida y penetrante la versión que da del universo fascinante que estas máquinas calculadoras ofrecen a la mente humana. Los ordenadores, cada vez más reducidos en tamaño y en precio, debido al fabuloso progreso de las técnicas aplicadas de los silicones, los transistores y los micro-circuitos integrados de estado sólido, avanzan en forma impresionante, produciendo de tiempo en tiempo nuevas máquinas que llevan acertadamente el nombre de primera, segunda y tercera generación. Dos facultades esenciales de la mente humana, la memoria y la capacidad de cálculo, son las que, fundamentalmente, amplifican los ordenadores operando como si fueran a un tiempo microscopio y telescopio de las operaciones mentales respectivas. La idea simplista de que la entrada en funciones de estos aparatos tiende a reducir la iniciativa intelectual y el papel del individuo es enteramente falsa. Una cosa es que la automatización de la industria se generalice, pero otra bien distinta es que los ordenadores anulen la libertad del espíritu. Por el contrario, la intuición, la inspiración, la imaginación creadora, asociadas al formidable instrumento de cálculo y memoria que es el computador, darán al hombre una nueva dimensión intelectual, desconocida hasta la fecha. El espacio y el tiempo se comprimen en términos inverosímiles, y la experiencia humana se hará tan densa y decisiva a través de la instantánea comunicación y de la sintética información que un verdadero panorama inédito se abre ante nuestros ojos.

De aquí la informática, o ciencia de la información. Disciplina reciente de incalculables consecuencias. La cantidad de documentos o *memorándums* que se publican en el mundo sobre temas científicos o técnicos, por ejemplo, aumenta de día en día. Solamente en Estados Unidos

aparecen al año 100.000 trabajos de esa índole, además de siete mil libros, y un millón de artículos en las revistas especializadas. Y esa cifra se dobla cada veinte años. Condensar esa información, seleccionarla y hacerla asequible al investigador o al dirigente es el trabajo que puede hoy realizar el ordenador. Esa es la gran función nueva que le compete. El ritmo de la información suministrada es instantáneo, como el de una conversación corriente sin demora alguna, es decir, en lo que se llama "tiempo real". Las últimas formas de estas máquinas permiten la simultánea utilización de las mismas por centenares de interlocutores. De esa manera se establecerán —se establecen ya— verdaderos circuitos interiores conectados con el mismo instrumento. Las perspectivas que una tal utilización ofrece en el campo de la educación, de la tecnología y de la ciencia, de la administración pública y de la estrategia militar son extraordinarias. Si se piensa que los ordenadores de la última serie son capaces de almacenar 10¹² signos de su interior —el equivalente del 80 por 100 de las informaciones que contienen todos los libros del mundo—, se comprenderá mejor el alcance de la revolución conseguida. Este instrumento de ayuda intelectual, cuyos primeros pasos comerciales se iniciaron después de la guerra, es hoy mercancía de primera necesidad. En 1955 había 1.000 ordenadores funcionando en Estados Unidos. Hacia 1975 se calculan en 80.000 los que se hallarán en servicio en ese solo país. La industria de los ordenadores se convertirá en un decenio en la tercera en importancia de los Estados Unidos, inmediatamente después del petróleo y el automóvil.

Mas volvamos ahora a Europa y a su nivel actual. Sostiene Schreiber que el retraso del Viejo Mundo, no ya en los años futuros, sino en el momento presente, reviste caracteres de acusada gravedad. No es sólo que la industria americana produce bienes y servicios equivalentes a dos veces la industria del Mercado Común y de la Gran Bretaña juntas, sino que la productividad por hombre empleado en la industria es un 60 por 100 más alta que el obrero alemán, un 70 por 100 más elevada que el francés y un 80 por 100 más considerable que el británico. Pero en la estructura financiera de las empresas industriales es donde también se aprecia una tendencia dispar. Los mayores beneficios con relación a las ventas brutas suben en los Estados Unidos de 6 a 7 por 100 entre 1961 y 1965, mientras que bajan en la Europa de los Seis de 3,4 a 3,01 por 100. Como consecuencia, la autofinanciación en Europa desciende en forma irremediable. Y lo que es acaso más importante, la investigación científica y el desarrollo técnico reciben, en enorme desproporción, fondos para subsistir. En Estados Unidos el porcentaje del producto nacional

consagrado a la investigación se acerca al 4 por 100, en Europa apenas pasa del 2 por 100. O en otros términos, 94 dólares por habitante gasta Norteamérica y 25 dólares la Europa de los Seis.

El gran interés de ese factor, investigación y enseñanza técnica, ha sido puesto de manifiesto por el informe de Edward Denison, vocal del Consejo Nacional de Economía de los Estados Unidos, y hoy directivo de la "Brookings Institution". Denison realizó el primer estudio sistemático de los factores esenciales del desarrollo económico americano, llegando a la conclusión de que entre 1900 y 1930 la mayor parte del desarrollo americano se debió a dos factores, abundancia de la mano de obra y abundancia de capitales. Pero, después de esa fecha, la importancia de los elementos cuantitativos decrece hasta el punto de que en 1967, de los treinta y tantos factores que intervienen, según Denison, en la expansión económica, vienen en cabeza estos dos: la educación general y las novedades tecnológicas. Ahora bien, los porcentajes de estudiantes universitarios son, a este respecto, elocuentes. El 43 por 100 de la población (los negros, considerados como grupo sociológico, tienen un porcentaje del 14 por 100), de veinte a veinticuatro años, realiza en Estados Unidos estudios universitarios. En Francia sólo lo realizan el 16 por 100. En Italia el 7 por 100. En Alemania el 7,5 por 100. En Gran Bretaña el 5 por 100. Los graduados técnicos en Estados Unidos son cuatro veces, los del Mercado Común, sensiblemente equivalente en población. Los diplomados científicos son tres veces más numerosos en Estados Unidos. El acceso a la enseñanza superior de los hijos de trabajadores industriales o agrícolas es cinco veces superior en Norteamérica sobre Europa. El capital humano —como el capital financiero— es, por consiguiente, mal aprovechado en el Viejo Mundo en momentos en que esa inversión es la decisiva para el desarrollo y el progreso.

¿Pero es éste el motivo fundamental del abismo tecnológico que preocupa tan grandemente a políticos y hombres de empresa europeos? El libro reproduce *in extenso* la conferencia pronunciada por Mac Namara, ministro de Defensa de los Estados Unidos, en febrero de este año sobre el asunto. He aquí la esencia de su pensamiento. "El término 'abismo tecnológico' empleado por los europeos —dice el secretario de Defensa— es a mi juicio erróneo. No se trata tanto de un *gap* técnico como de un *decalage* en materia de gestión. Lo que falla en la empresa europea es el *management*, es decir la organización directiva. Dios es demócrata y distribuye las capacidades intelectuales igualmente entre los pueblos del mundo. Pero espera que se organice eficazmente este recurso que el cielo nos ha dado. Este es el problema del *management*.

Es, en fin de cuentas, un arte. Es acaso el arte supremo, el arte de organizar el talento.”

He querido dar la versión exacta de las palabras de MacNamara para comunicar a través de su típico estilo americano, la crítica de la organización de empresas hecha por un cerebro de excepción, especialista en la materia.

Servan Schreiber se pregunta: ¿Y cuál es el papel esencial del *management*? Su respuesta tiene el don francés de la claridad: “Es el hacer frente al cambio; a las modificaciones vertiginosas de las estructuras, con inteligencia. Es adecuarse con rapidez, con la misma implacable rapidez con que se alteran las circunstancias en el mundo contemporáneo”.

Tenemos, pues, dos elementos claves que explicarían el retraso europeo. Uno de ellos, el problema de la enseñanza e investigación. El otro, aún más importante, la crisis del *management*, la crisis de las gerencias.

Así, el despegue de la sociedad americana sobre la europea se aumenta de día a día. Si a ello añadimos la interconexión total que allí se verifica entre Universidad, Gobierno y empresas industriales, y la técnica universalizada del trabajo en equipo, comprenderemos por qué en Europa se halla lejos todavía la fase que Galbraith llama de la “tecnestructura” social, especie de tejido conjuntivo de la comunidad moderna que le sirve de soporte esencial para su progreso y desarrollo.

Hasta aquí la primera parte del libro, acaso la más sustanciosa y brillante por su extraordinario poder de análisis y de síntesis. Schreiber no quiere, sin embargo, detenerse aquí y trata de estimular a Europa para que haga algo, para que se defienda ante el desafiante super-poder económico que se agranda y aleja cada vez más. A ese monopolio de hecho, del poder, de la técnica y de la ciencia que tendrán los americanos a partir de 1980 cree el autor que Europa debe responder con adecuada estrategia. Su argumento es una vez más que no se trata de escasez de elemento humano, ni de primeras materias, ni siquiera de capacidad de fabricación cuantitativa o cualitativa, sino de una modificación de mentalidad, de forma de pensar. Como su compatriota Louis Armand, que hablaba de las anticuadas e inertes estructuras mentales del europeo, como del mayor obstáculo al progreso general del Continente, Schreiber opina que esa revolución en las formas de pensar es la más urgente y la más indispensable. En realidad estima que hay tres formas de responder al desafío. Primera: la actual, es decir, dejarse poco a poco anexionar industrialmente por los gigantes norteamericanos,

proceso que se halla en plena vigencia. Segunda: especializarse en algunos sectores. Solución que puede ser aceptable para un país aislado, pero que aplicada al Continente lo convertiría en una zona subdesarrollada de la era postindustrial. Tercera: aceptar el reto y concurrir en el mercado mundial. Pero para ello habría ante todo que dar un gran impulso a varios sectores clave como la electrónica, la informática, la investigación espacial y la energía nuclear.

Las cantidades necesarias para ese impulso no pueden salir de las empresas europeas, harto esquilmas y con márgenes escasos. Es un problema de poder público o, mejor dicho, de poderes públicos. Pues solamente la unión de los gobiernos de Europa en una gigantesca y audaz política común de enorme dispendio puede producir la plataforma necesaria para intentar el acercamiento al pelotón de cabeza.

Para ello, obvio es decirlo, haría falta un poder de decisión. Es decir, alguna fórmula de unidad política. El Mercado Común es un bloque tarifario aduanero con algunas concentraciones industriales y de investigación. Pero el espíritu de unidad política necesario para este desarrollo falta todavía. Y sin poder y recursos la batalla estaría de antemano perdida. Hacer comprender a los políticos, a los hombres públicos, este riesgo de ser o no ser futuro, es cosa harto difícil. Acaso de todos ellos haya sido Harold Wilson el que mejor lo haya captado, pues su insistencia en el tema es sincera y constante. La rigidez de las estructuras políticas y sociales de los países de Europa es otro factor negativo considerable. Dentro de cada nación, de cada Estado nacional, el espíritu de las minorías dirigentes, de las aristocracias del negocio, es lamentablemente arcaico para comprender la urgencia y gravedad de esta situación.

Schreiber alude a otro fenómeno que se está produciendo en Europa de unos años a esta parte. Y es el de la creciente presencia de capital y técnica norteamericanos para levantar nuevas plantas industriales o adquirir participaciones mayoritarias de fábricas europeas. Así ocurre que desde 1958, las inversiones norteamericanas en Europa han sobrepasado los 10.000 millones de dólares. Los americanos han intuido, con su aguda sensibilidad de financieros prácticos, que la Europa de estos últimos años era un mercado consumidor importante y dinámico. En él han encontrado, al mismo tiempo que clientes para sus productos, capitales a corto plazo para financiar la expansión de sus propias inversiones. Así resulta que con dinero europeo, en gran parte, se fortalece esta enorme industria competitiva que es la industria americana en Europa. De seguir así la industria americana en Europa, se convertirá

pronto en la tercera potencia industrial del mundo. Los americanos han sabido sacar las ventajas reales que el Mercado Común ofrece, sin los prejuicios políticos que frenen las iniciativas de los Seis. Por otro lado, no existen para ellos barreras entre los Seis y la E.F.T.A., y se mueven con flexibilidad absoluta dentro del área europea general.

Curioso es el capítulo que en este propósito de buscar una estrategia propia a la vieja Europa dedica el autor al tema político. Podría pensarse que Servan, ingeniero politécnico, cayera en la fácil tentación de la tecnocracia superadora de las ideologías y demás argumentos habituales. Por el contrario, se declara taxativo en este punto en párrafo que reproduzco aquí: “El avance prodigioso de la tecnología —escribe— no hace desaparecer del mundo las nociones de derecha e izquierda. El progreso social o la democracia no son subproductos de la inventiva técnica. La política, es decir, el par de fuerzas vivas, ‘derecha-izquierda’, sigue siendo la fuente irremplazable de fecundidad y desarrollo”.

El desarrollo es la condición esencial del progreso económico. Las sociedades inmóviles se acabaron. El orden para serlo tiene que apoyarse en la dinámica cambiante de la sociedad. Y reconocer la posibilidad de que ese cambio puede afectar un día al equilibrio de los poderes en la comunidad. Porque sin justicia no puede haber crecimiento real. No es la libertad la que se llama hoy día desarrollo, sino la justicia. Y Schreiber, en buen intelectual francés, nos da un resumen de los puntos de vista de lo que es la derecha y lo que es la izquierda, en Francia; de los que creen en el hombre y de los que creen en la naturaleza; de los que desean un orden volitivo de las cosas y de los que propugnan un orden natural; de los optimistas y de los pesimistas; de los que elogian el vino por ser invención artificial o el agua por ser producto natural. Su conclusión —acertada— es que en todo caso la civilización americana se apoya básicamente en la fe en el hombre y en su responsabilidad individual.

¿A qué conclusión nos lleva el autor? A la siguiente: el desafío americano está ahí, a la vista. No es un reto brutal, ni una amenaza militar. Es un sistema aplicado, refinado y sutil para emplear todas las armas de la inteligencia y la razón en el aprovechamiento integral de la ciencia y de la organización. De ahí salió la civilización tecnológica en sus últimas formas y consecuencias, que anuncian ya una nueva era. El capital principal de esta gran aventura es el hombre, los recursos del hombre, el intelecto del hombre. Todo induce a creer que las luchas bárbaras del pasado, las guerras, irán desapareciendo por su propia y

mutua supercapacidad de destrucción. Quedará en su lugar un *challenge*, una competencia tecnológica y científica de civilizaciones entre sí.

A Europa le queda tiempo todavía para rectificar su atraso, renovar su mentalidad, trabajar en común, unificar su decisión política. Es una empresa inmensa de gran esfuerzo. Habría que movilizar todos los hombres válidos que nuestras sociedades nacionales europeas pudiesen formar y equipar. Y habrían de luchar con independencia, por su cuenta, hasta el límite, para tratar de alcanzar el umbral de la nueva edad.

Le défi américain es un libro documentado, apasionado, valeroso, polemizante. En sus páginas no solamente se examina un problema real: el distanciamiento progresivo de la tecnología americana, sino se trata también de estimular al dormido europeísmo para que camine de nuevo a la unificación de recursos y poderes, con objeto de hacer posible la revolución de la enseñanza, de la investigación y de la organización empresarial. No es fácil el empeño, ni puede pronosticarse sobre su viabilidad, ni cabe señalar un solo camino siendo como es, la europea, una sociedad de libertad, en que la pluralidad de soluciones resulta obligada norma. En cualquier caso, el testimonio del joven politécnico francés es un grito de alarma bienhechor y que trata de convocar a la acción, frente a la inercia resignada de los que suponen la batalla perdida y ensayan para consolarse críticas filosóficas del sistema en auge. Pienso, como Alain, que cada mañana hay que dar cuerda al hombre, luchar contra la fatalidad todos los días y vencer en la jornada al temor, a la envidia y a la ignorancia concebidos en el mismo seno. No soñemos —amigos— con una civilización que se hiciera sin nosotros y que se defendiera también sin nosotros.